

Hamlet y Don Quijote  
Ivan Turguenev

sequitur

Buenos Aires, Madrid, Ciudad de México

## Índice

A modo de prefacio <i>Manuel García Puertas</i>	9
Hamlet y don Quijote <i>Ivan Turguenev</i>	11
Hamlet y don Quijote <i>Ramiro de Maeztu</i>	45
Don Quijote y Hamlet, ¿extraños o hermanos? <i>Manuel Durán</i>	59

# Hamlet y Don Quijote

*Iván Turguenev*

Conferencia pronunciada en  
San Petersburgo en 1860

Señores,

La primera edición de la tragedia de Shakespeare *Hamlet* y la primera parte del *Don Quijote* de Cervantes se publicaron el mismo año, a principios del siglo XVII.

Esta coincidencia se antoja cargada de significados. El cotejar estas dos obras me suscita toda una serie de consideraciones que quisiera exponerles, y por las que ruego de antemano su indulgencia.

"Quien quiera comprender al poeta tendrá primero que adentrarse en sus dominios" decía Goethe. El modesto novelista, sin embargo, no puede ser tan exigente, tan sólo puede esperar de sus lectores —o de sus oyentes— que quieran acompañarle por su

vagabundeo y sus reflexiones. Quizá, señores, les sorprenda lo insólito de algunas de las ideas que voy a exponer; pero el privilegio de las grandes obras dotadas por el genio de sus creadores de una vida imperecedera, ¿no es la de permitir, como toda cosa viva, infinitos puntos de vista, diferentes, incluso opuestos, y, sin embargo, igualmente legítimos unos y otros?

¡Cuántos comentarios ya se han escrito sobre *Hamlet*, y cuántos más habrán de escribirse! ¡Y cuán distintas son las conclusiones de esos análisis en torno a un modelo de una fecundidad justamente inagotable! Respecto al *Don Quijote*: debido a la naturaleza misma de su concepción, a la claridad realmente grandiosa de un relato que parece iluminado por el sol de mediodía, la novela da menos juego a las interpretaciones. Pero por desgracia, nosotros los rusos no disponemos de una buena traducción del *Quijote*; la mayoría de nosotros solo tiene nociones confusas; solemos dar a la palabra "don Quijote" el sentido de "bufón" y por "don-qui-jotismo" entendemos "extravagancia", cuando esta palabra debería evocar en nuestro espíritu la noble idea de la total abnegación, aunque teñida por lo cómico.

La publicación simultánea de *Don Quijote* y *Hamlet*, como digo, es significativa. Estos dos

"tipos" encarnan, a mi entender, dos características fundamentales y opuestas de la naturaleza humana, los dos polos del eje sobre los que gira aquélla. ¿No pertenecen más o menos todos los hombres a uno de estos dos tipos? ¿No tenemos todos y cada uno algo de don Quijote o de Hamlet? Ciertamente es que en los actuales tiempos abundan más los Hamlets que los Quijotes, pero estos últimos no han desaparecido.

Veamos. Todo ser humano basa, consciente o inconscientemente, su vida en un principio rector, en un ideal, es decir, en lo que tiene por verdadero, bello, bueno. Para muchos ese ideal es un ideal recibido, preestablecido, conformado en moldes históricos definidos. Esos hombres se esfuerzan en ajustar sus vidas a ese ideal; ocasionalmente pueden alejarse de los mismos, ya sea por las pasiones o debido a circunstancias imprevisibles, pero no los contestan, no los ponen en duda; otros, por el contrario, analizan el ideal haciendo uso de sus propias facultades. Sea como fuere, puede decirse sin temor a equivocarse que, para cualquier hombre, ese ideal, en cuanto base y meta y de su vida, se sitúa bien en él mismo bien fuera de él: es decir, o bien es el yo el que impera o bien lo hace otro principio tenido por supremo.

Se me podrá contestar que la realidad no suele aceptar distinciones tan marcadas; que en un mismo

ser humano ambos puntos de vista pueden alternarse y hasta, en cierta medida, converger. En modo alguno pretendo afirmar aquí la imposibilidad de los cambios o de las contradicciones en la naturaleza humana; tan sólo pretendo señalar dos modos de relacionarse el hombre con su ideal. Y voy a intentar mostrar cómo estas dos relaciones quedan encarnadas en los dos "tipos" que nos convocan.

Empecemos con don Quijote. ¿Qué encarna el personaje de don Quijote? Observémoslo, pero no con esa mirada apresurada que se queda en lo superficial, en los detalles más evidentes. No veamos en don Quijote tan sólo al caballero de la triste figura, al fante creado para mofarse de los libros de caballería. No olvidemos que la significación de ese personaje es mucho más rica ya desde la intención de su inmortal creador; no olvidemos que el don Quijote de la segunda parte —el amable interlocutor de duques y duquesas, el sabio mentor de su escudero hecho gobernador— ya no es el de la primera parte de la novela, ya no es ese extraño y ridículo don Quijote del principio, cuyos golpes y desventuras constituyen el pan de cada día. Conviene, por tanto, ir al fondo del asunto.

¿Qué encarna, por tanto, don Quijote? Don Quijote es, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad, en

una verdad superior, situada *fuera* del individuo, una verdad accesible pero que exige trabajos y sacrificios, y alcanzable si el trabajo y el sacrificio son constantes. Don Quijote es, todo él, entrega a un ideal, a un ideal por el que está dispuesto a soportar todas las privaciones imaginables, a sacrificar su vida; una vida que sólo tiene valor en la medida en que sirve para realizar el ideal, para instaurar la verdad y la justicia en la tierra.

Ustedes me podrán decir que ese ideal es tan sólo apropiación, obra de una imaginación desnortada, del universo fantástico de los libros de caballería. Así es, en efecto, y de ahí la comicidad del personaje. Pero no por ello deja de ser un ideal que se mantiene íntegro en su pureza original.

No hay en don Quijote egoísmo alguno; nunca piensa en sí; vive fuera de sí y para los demás, sus congéneres, luchando contra el mal, combatiendo las fuerzas enemigas del hombre, a los gigantes, a los encantadores, es decir, a los opresores de los débiles. No hay atisbo de egoísmo, ni cuidado por sí mismo, es todo abnegación: sí, abnegación; dicho en una palabra, *cree*, cree con convicción y sin dudar un sola vez. De ahí que desprecie el miedo, el esfuerzo, y se conforme con comer poco y mal y vestir pobremente: ¡¿qué importan esas cosas?! De corazón humilde, alienta en él un alma grande y

heroica. Su entrega no menoscaba su libertad; no conoce la vanidad; nunca duda ni de él, ni de su misión, ni siquiera de sus capacidades físicas; su voluntad es inquebrantable.

Por perseguir constantemente un mismo y único objetivo, su pensamiento se torna monótono, su espíritu se estrecha. Su saber es limitado, pero, ¿qué más ha de saber, si sabe cual es su cometido, su razón de vivir? ¿Qué más necesita? Puede parecer un loco rematado, pues la realidad más palpable se derrite y desvanece como la cera al calor de su entusiasmo (para él los muñecos de palo son moros temibles o los rebaños de corderos, caballeros armados), otras veces, parece un espíritu de corto alcance que no sabe si compadecerse ante la desgracia ni disfrutar con ligereza de la vida. Es como un árbol secular al que sus profundas raíces no le permiten cambiar de convicciones ni de empeños. La firmeza de su moral (ese loco, ese caballero andante es el ser más moral que se conozca) confiere fuerza y grandeza a sus pensamientos, a sus palabras y a toda su presencia, no obstante las humillaciones y las grotescas situaciones en que constantemente cae... Don Quijote es un entusiasta, el servidor de una idea que lo envuelve en su aureola.

¿Qué encarna Hamlet? Hamlet es, ante todo, análisis y egoísmo, y aún diré, incredulidad. Sólo vive



para sí, es un egoísta, y como tal no puede creer ni en él, por la sencilla razón de que el hombre no puede creer más que en lo que le es ajeno y superior a él. Y, sin embargo, se aferra a ese yo, tanto como no cree en él. Regresa constantemente a su yo, porque no encuentra nada en el mundo que subyugue su alma. Hamlet es un escéptico condenado a vagar, a zigzaguear perpetuamente, acompañado de sí mismo. Piensa continuamente en su situación, no en sus deberes. Duda de todo y, también de sí mismo. Su mente es demasiado sutil para poder contentarse con lo que en sí mismo halla; reconoce su debilidad, pero toda conciencia de sí mismo es una fuerza: de ahí la ironía de Hamlet, que contrasta con el entusiasmo de don Quijote. Hamlet se desprecia, se complace en flagelarse y exagera sus faltas; se estudia sin cesar, penetra insistentemente en su alma, conoce sus debilidades hasta en sus más mínimos ápices, y las desprecia, y se desprecia a la par que vive y se alimenta de ese desprecio. No cree en sí, y, sin embargo, es vanidoso; no sabe qué quiere, ni su vida tiene objetivo, y no obstante está apegado a la vida:

“¡O el Todopoderoso no asestara el cañón contra el homicida de sí mismo! ¡Oh! ¡Dios! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo!”

Pero Hamlet se guarda de sacrificar esa su vida insípida y vana; piensa en el suicidio antes incluso de que se le aparezca el espectro de su padre, antes incluso de recibir la misión que aniquilará su ya quebrantada voluntad; pero, a pesar de todo, no se mata. Su amor por la vida se abre paso justamente cuando piensa en ponerle fin. Todos los jóvenes de dieciocho años conocen esos sentimientos:

*Es la sangre que hierve, la savia que se desborda.*

No seamos, sin embargo, demasiado severos con Hamlet. Hamlet sufre, y sus sufrimientos son más dolorosos y más punzantes que los de don Quijote al que golpean groseros pastores y cautivos por él liberados. Hamlet se maltrata a sí mismo y se destroza; también él empuña una espada: la espada de doble filo del análisis.

Hay que convenir que don Quijote es ridículo; su figura es quizá la más cómica de cuantas ha dado la literatura. Su nombre se ha convertido en apodo divertido hasta en boca de los campesinos rusos, y evoca en todo el mundo la imagen de un personaje magro, huesudo, de nariz corva, envarado en su coraza y montado en un esqueleto de caballo, en el pobre Rocinante, un hombre siempre maltratado, siempre hambriento, y por el cual no puede uno menos de sentir como una compasión entre diverti-